

El Vínculo Pedagógico y sus alcances...

Autores: Alicia Fernández

Institución: Instituto Superior Nuestra Señora del Carmen

Resumen

En mi relato, compartiré mi propia experiencia docente, que adquirí ante la diversidad, en la que descubrí que nunca hay que poner un techo en el aprendizaje de la persona a la que se pretenda enseñar, y si existieran impedimentos, por más resistentes que parezcan, debemos tratar de superarlos, con amor y sabiduría.

El amor y sabiduría entendidos como la fuente para poder establecer un vínculo de unión y conquista a nuestros alumnos. Si logramos esa conexión, podremos entrar en un mundo sin obstáculos, atravesando la diversidad. Así, aquellas personas que posean dificultades o discapacidades, podrían recuperar la propia singularidad como sujetos, apropiándose del mundo de manera particular.

Desde mi rol con él otro, puedo sentir que lo más valioso, es llegar al niño a través de lo afectivo, porque somos sujetos pensantes que conocemos, pero ante todo sujetos de deseo, que sentimos, disfrutamos y sufrimos. Por lo que a través de diferentes lenguajes, sobre todo donde ese otro pueda vivir una experiencia emocional, podremos despertar y potenciar capacidades cognitivas-afectivas. Entonces mi tarea como docente, ante la diversidad, es sembrar a través de un vínculo afectivo, la semilla correspondiente a la potencialidad de cada uno para que se reconozca emocionalmente, y florezca en el camino del aprendizaje.

Palabras claves: Vínculo- Diversidad- Reconocimiento- Emocional- Aprendizaje

El presente relato, no pretende ser un texto académico sobre educación inclusiva, ni de enseñanza especial, ni de lo que se debe o no hacer. Sino que pretende compartir una experiencia, que abrió posibilidades de entrar en el ámbito de la diversidad, superando prejuicios y obstáculos, para enseñar y aprender, desde el amor y la sabiduría.

Amor y sabiduría, entendidos como la fuente para poder establecer un vínculo de unión y conquista al alumnos. Y así, poder llegar a aquellas personas que posean dificultades o discapacidades, ayudándoles a recuperar la propia singularidad como sujetos, apropiándose del mundo de manera particular. Teniendo en cuenta que "ser diferente, no es ser mejor o peor, superior o inferior, significa simplemente eso: ser diferente" (Borruat, 1998).

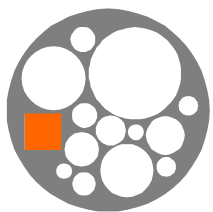
DESARROLLO

Esta experiencia intenta dirigirse a las personas que se están formando en el ámbito educativo, y está redactado desde mí, como familia, amiga de discapacitados, mamá y sobre todo como "seño". Es por eso, que voy a dejar de lado conceptos teóricos y hablaré desde conceptos más humano y sencillos, que se ven exclusivamente en la práctica docente, pero sobre todo se "sienten" en el contacto directo del docente con alumnos. Momentos en los que se pueden construir pisos y levantar techos en el aula y en la vida misma.

Para empezar explicaré como me acerqué a la diversidad, porque observo que, cuando en cualquier ámbito se habla de esto, provoca resistencias que limitan el interés para abordarlo. Prejuicios tales como: "yo no puedo", "no estoy capacitado", "no sirvo para esto".

La primera vez que me hablaron de discapacidad fue en la adolescencia, cuando nos invitaban a colaborar, en encuentros de niños con capacidades diferentes. La sensación que me causó, fue sorpresiva y mágica, porque al tratar de comunicarme tuve que explorar su propia manera de hacerlo. Pero sólo me quedaba en el observar. Era muy fuerte que chicos ciegos, por ejemplo, explorarán mi cara con sus manos, y ante la inmovilidad de mi cuerpo, crear confianza y amistad.

La segunda vez, fue a través del diagnóstico de una enfermedad genética que padecían personas de



mi familia directa, y la cual era posible que mis hijos y yo inclusive la padeciéramos también. Al observar el impacto emocional que causaba tanto en los perjudicados -mi papá, mi tía y mi abuela- como al resto de la familia y amigos, se movieron muchos sentimientos, tales como miedo, incertidumbre, impotencia y resignación.

Al enfrentar la situación y transitar la resiliencia, aprendí que este diagnóstico, sólo era eso, un papel firmado por profesionales idóneos, que diagnosticaron esto tan duro de entender y de aceptar. Aquellas personas también se hacían cargo de fortalecernos y de trabajar en levantar el techo de los límites que obstaculizaban que mi padre, por ejemplo siguiera caminando o que mi tía siguiera alimentándose. En síntesis ayudar para seguir viviendo.

Profesionales como fonoaudiólogos, psicólogos, kinesiólogos, y demás, personas que además de cumplir con su función, eran el motor de vida, que nos ayudaba a levantarnos, y a pensar que nada estaba perdido, que había que seguir adelante. Pero no era algo explícito, sino que era el vínculo que establecían con el paciente; lo hacían sentir cuidado y contenido, con ternura y afecto.

Tiempo más tarde, cursé la Carrera “Tecnatura Superior en Jardines Maternales”, la cual incluía materias relacionadas con educación especial, estimulación temprana, diversidad, inclusión, integración, adecuaciones curriculares y demás. Fue allí donde conocí más corazones comprometidos con el tema, que me ayudaron a enmarcarme teóricamente, y sobre todo a tener interacción directa con niños con discapacidad.

En la actualidad, trabajo con niños y jóvenes con discapacidad. Antes de empezar pensé “no estoy preparada”, “no sé qué tengo que hacer”, “¿será para mí este trabajo?”, “¿se habrán confundido?”. Pero al encontrarme con los que iban a ser mis compañeros, encontré varias “seños”. Docentes que trabajamos, desde un rol con el otro, que es el alumno, al cual consideramos sujetos pensantes, que conocen, sujetos sociales, inmersos en un contexto; pero ante todo sujetos de deseo, que sienten, disfrutan y sufren.

El primer día de trabajo, no fue para nada “diferente”, del rol profesional como educando. Trataba de desarrollar una empatía, para poder encontrar la manera de conquistar a cada uno de los alumnos, a través de un vínculo afectivo, que me permitiera descubrir desde dónde se debía partir, para comenzar con el proceso de enseñanza aprendizaje.

En este proceso, aprendí que si logramos esta conexión, podemos entrar en un mundo sin obstáculos, atravesando la diversidad. Y que desde mi rol con el otro, puedo sentir que lo más valioso, es llegar al niño a través de lo afectivo. Porque a través de diferentes lenguajes, sobre todo donde ese otro pueda vivir una experiencia emocional, podemos despertar y potenciar capacidades cognitivas-afectivas.

Cuando descubrimos lo que al niño le genera disfrute y placer, puede identificar su mundo interno y lograr que simbolice, y en una mezcla de realidad y fantasía, desarrollar la imaginación. La manera más concreta de explicarlo es a través de ejemplos, es por eso que a continuación expondré algunos, sin nombres reales, ni diagnósticos, para no caer en la rotulación.

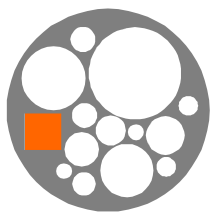
- Cuando descubrimos que Marina, disfrutaba el embadurnarse con témperas, la dejamos hacerlo; ella aún no manipulaba ni un crayón, pero luego de sucesivas experiencias, con la adecuada guía del docente, comenzó a conectarse con su mano engrudada de colores, a hacerse más consciente de ella, y poder llegar a realizar un garabato descontrolado, progresando en la coordinación viso motora.

- Celeste presentaba berrinches, y se tornaba violenta al entrar en la sala, donde la esperaban sus compañeros y docentes. Presentaba los mismos berrinches cuando había música en la sala o se tocaba algún instrumento, pero la maestra descubrió que a Celeste le gustaban mucho las estrellas, y el xilofón para Celeste, hace música de estrellas. Cuando Celeste no quiere entrar en la sala, la docente le dice: “No vas a escuchar música de estrellas”, pero si Celeste entra al aula y trabaja, cuando termine, se va a tocar el xilofón, para escuchar su música de estrellas. La mamá de Celeste nos cuenta que este año, quiso festejar su cumpleaños y pidió disfrazarse, que por primera vez viajaron en colectivo a larga distancia, y que por primera vez, fueron al cine y lo disfrutaron. La mamá se siente muy feliz, porque Celeste avanza en su interacción social, y a Celeste le gusta que su mamá se sienta feliz.

- Martín no pudo adquirir el lenguaje; gritaba y pegaba todo el tiempo involuntariamente. La docente descubrió que le encanta tocar instrumentos de percusión. Ya no grita tanto, aprendió que si lo hace, al final de la actividad no tocará. Y cuando a un compañero le pasa algo malo, él lo consuela, acariciándole la cabeza, como hacía su maestra con él, cantándole una canción bajita, cuando gritaba sin parar. Además, su mamá es la primera vez que lo ve jugar.

CONCLUSIÓN

En la institución escuela, el alumno tiene un docente que lo acompaña en un proceso de enseñanza-aprendizaje, que debe encontrar las herramientas pedagógicas-didácticas, para que el educando



construya conocimiento. Esto, lo realiza en su práctica cotidiana en el aula, con cualquier tipo de contenido y herramientas que él mismo adapta para llegar a su alumno. Despliega creatividad al enseñar buscando conquistar al otro, para concretar el aprendizaje.

Luego de vivir estas experiencias, mi tarea como docente, ante la diversidad, es sembrar la semilla correspondiente a la potencialidad de cada uno para que se reconozca emocionalmente, y florezca en el camino del aprendizaje...

BIBLIOGRAFÍA

- Borruat, Martha (1998). "Diversidad, racismo y discapacidad". LAE- UNSL Alternativas, Año 3 N° 13
- Brando, Lorena. Córdoba, Olga. Otamendi, María José (2012). "Aprender con la diversidad". Ediciones Conocer.
- Cappi, Gisela. Christello, Milú. Marino, María Cecilia (2011) "Educación Emocional". Bonum.
- Turner Martí, Lidia. Céspedes, Balbina Pita (2012) "Educación y ternura". Pueblo y educación.